LA SEXTA PARTE DE LA CAÍDA DE LOS REINOS
EL REINADO INMORTAL
MORGAN RHODES

EL REINADO INMORTAL

MORGAN RHODES

fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en
www.fundacion-sm.org

LITERATURA**SM**•COM

Primera edición: octubre de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial y traducción: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Immortal Reign*

Publicado originalmente por Razorbill,
un sello del Penguin Young Readers Group,
miembro del Penguin Group (USA) Inc.

© Penguin Group (USA) Inc., 2017
© de esta edición en castellano:
Ediciones SM, 2018
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-980-4
Depósito legal: M-27874-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EL REINADO INMORTAL

IMPERIO
KRAESHIANO
JOYA
IMPERIAL
MAR
AMARANTO
IMPERIO
KRAESHIANO

MAR DEL NORTE
MAR DE PLATA
MAR TINGUE
LIMEROS
Costa de Hierro
Costa de Granito
Cima de Cuervo
Los Confines
Templo de Valoria
Calzada Imperial
Escalia
Castillo Damora
Puerto Negro
PAELSIA
Montañas Prohibidas
Dominios de Basilius
Puerto de los Comerciantes
Tierra Salvaje
Puerto del Rey
Templo de Cleiona
AURANOS
Ciudadela de Oro
Cima de Halcón
Paso Viejo
Costa Radiante
ISLA DE LUKAS
VÉNEAS
TÉRREA
ESTRECHOS RAZORE
N
O
E

PERSONAJES

Limeros

Magnus Lukas Damora	príncipe
Lucía Eva Damora	princesa y hechicera
Gaius Damora	rey de Mytica
Félix Graebas	antiguo asesino a sueldo
Gareth Cirillo	condestable
Kurtis Cirillo	hijo de lord Gareth, ex condestable
Enzo	guardia de palacio

Auranos

Cleiona (Cleo) Aurora Bellos	princesa de Auranos
Nicolo (Nic) Cassian	amigo íntimo de Cleo
Nerissa Florens	doncella de Cleo
Taran Ranus	rebelde

Paelsia

Jonas Agallon	cabecilla rebelde
Tarus Vasco	rebelde

Kraeshia

Amara Cortas	emperatriz
Ashur Cortas	príncipe
Carlos	capitán de la guardia
Neela	abuela de Amara y de Ashur
Mikah Kasro	revolucionario

El Santuario

Timotheus	mentor de los vigías
Mia	vigía
Olivia	vigía y vástago de la tierra
Kyan	vástago del fuego

PRÓLOGO

CIEN AÑOS ATRÁS

Era su sueño favorito.

La daga de oro reposaba delante de Valia en un cojín de terciopelo. Bella, poderosa. Letal. La empuñó, notando el frío helador del metal contra la palma de la mano. El presentimiento de la oscura magia de sangre que contenía, sujeta solo por los símbolos de elementia grabados en la hoja, provocó un escalofrío que recorrió la espalda de Valia.

Aquella arma poseía una magia con la que podría modelar el mundo a su antojo. Sin conflictos, sin protestas, sin dolor. Solo sus decisiones, su reinado. Sobre todas las cosas.

Con aquella daga en su poder, todos la amarían y la reverenciarían.

Sí, aquel era su sueño favorito; una reluciente gema en lo más hondo de una oscura cueva de pesadillas. Se dejó llevar por el placer que le ofrecía...

Hasta que Timotheus decidió interrumpirla.

El inmortal tiró de la mente inconsciente de Valia hasta atraerla a un prado salpicado de flores, muy distinto del panorama cotidiano que divisaba desde su aislada casita en las montañas del helado norte de Limeros.

En este sueño, Valia podía oler el dulce aroma de las flores y sentir la caricia del sol en la tez.

Miró a los dorados ojos de Timotheus. Aunque el vigía había vivido milenios, poseía el rostro y la apostura de un hermoso joven. Siempre había presentado el mismo aspecto, desde que lo crearon a partir de los propios elementos; Timotheus era uno de los primeros seis inmortales destinados a proteger los vástagos y velar por el mundo mortal.

La visión de aquel ser provocó en Valia un fastidio mezclado con aprensión.

—El fin está ya cerca —afirmó el vigía.

Las palabras helaron a la mujer hasta el tuétano.

—¿Cuándo llegará? —preguntó con tanta calma como pudo, solo a dos pasos de aquella criatura sobrenatural.

—No lo sé. Quizá mañana. Quizá dentro de varias décadas.

En el interior de Valia, el fastidio sobrepasó a la aprensión.

—Tus previsiones no son muy concretas. ¿Por qué me molestas con esta tontería? Me trae sin cuidado lo que pueda ocurrir o cuándo ocurra.

Los labios del inmortal se afinaron. La escrutó por un momento antes de responder.

—Porque sé que sí te importa. Siempre te ha importado.

Aquel inmortal la conocía mucho mejor de lo que Valia habría querido.

—Te equivocas como siempre, Timotheus.

Él negó con la cabeza.

—Mentir nunca ha sido tu fuerte, vieja amiga.

Valia apretó los dientes.

–Antes de que me interrumpieras, estaba en medio de un sueño maravilloso. Dime lo que hayas venido a decirme; preferiría regresar a mi sueño cuanto antes.

Él entrecerró los ojos sin dejar de observarla. Siempre fisgando, siempre vigilando... Aquel inmortal la tenía hastiada, incluso más que los otros.

–¿Te han proporcionado las arrugas de tu rostro alguna revelación sobre el sentido de la vida? –preguntó él.

Valia frunció el ceño, molesta por aquella mención de su juventud perdida. El día anterior había destrozado el último espejo de su casa, incapaz de soportar a la mujer madura que reflejaba.

–Nunca me ha entusiasmado tu afición a hablar con acertijos, Timotheus.

–Tampoco me entusiasma a mí tu carencia de empatía.

Valia soltó una carcajada tan helada y quebradiza como un témpano haciéndose añicos contra el suelo helado.

–¿Acaso me culpas por ello?

Él alzó una ceja mientras la rodeaba lentamente. En lugar de girarse para no darle la espalda, Valia fijó la vista en una mata de flores amarillas que había a su izquierda.

–Has adoptado un nombre distinto –observó él–. Valia.

La espalda de la mujer se tensó.

–Así es.

–Cambiar de nombre no modifica la esencia.

–No estoy de acuerdo.

–Debería haberte visitado en sueños hace años. Disculpa mi negligencia, por favor –los ojos de Timotheus se clavaron en la mano izquierda de ella–. Imagino que eso te perturba aún más que las arrugas de tu rostro –dijo.

Las mejillas de ella se tiñeron de rubor ante aquella cruda observación, y su mano grotescamente deforme se ocultó bajo su capa.

–Un simple susurro de magia del aire oculta esto sin problemas durante mis horas de vigilia.

–¿De quién te ocultas a estas alturas? Has elegido una vida de soledad.

–Cierto es –siseó Valia–. Mi vida, mi elección. Mías y de nadie más. Además, ¿qué te importa a ti? Si el fin está tan cercano como afirmas, ya ocurra mañana o dentro de un siglo... En fin, que ocurra. ¡Que se acabe todo de una vez! Y ahora, márchate. Mis sueños son cosa mía. Mi vida es cosa mía, y no estoy dispuesta a cambiar eso –le espetó Valia, furiosa consigo misma por la forma en que la voz se le había quebrado al final.

–Te traigo un presente –repuso él tras un largo silencio–. Algo que me pareció que querrías tener.

Extendió las manos. Sobre sus palmas reposaba una daga cuya hoja era una esquirla de piedra negra y brillante.

Valia la contempló, anonadada. Era la hoja de obsidiana, un arma de antigüedad y magia incalculables.

–Sabes muy bien qué tipo de magia podrías manejar con esto –añadió el inmortal–, y también sabes lo mucho que podría ayudarte.

Ella, sin aliento, solo pudo asentir con la cabeza.

Estiró la mano, primero la maldita y luego la sana. No se decidía a tocar la daga; le daba miedo abandonarse a la esperanza que aquel objeto despertaba en su interior, tras tantos años de desesperación y desaliento.

No: Valia no se fiaba.

–¿Qué me pedirías a cambio? –susurró.

–Un favor –contestó Timotheus–. Que te comprometas sin condiciones a hacer algo por mí cuando llegue el día en que te lo tenga que reclamar.

Ella frunció el ceño.

–Si el fin está tan próximo como dices, me extraña que no hayas trazado ninguna estrategia. ¿Se lo has dicho a los demás? ¿A Melenia siquiera? Sé que a veces se comporta de forma frívola y egoísta, pero los dos sabemos lo poderosa, astuta y despiadada que puede llegar a ser.

–En efecto: cada día que pasa me recuerda más otra persona, alguien a quien perdimos hace muchos años.

Valia volvió a dirigir la mirada hacia las margaritas para no cruzarla con la de inmortal.

–Melenia te puede ser más útil de lo que yo he sido jamás.

Se forzó a sí misma a mirarle a los ojos de un dorado intenso, pero no halló respuestas en ellos.

–Un favor –repitió él–. ¿Accedes o no?

El ansia de respuestas inmediatas se desdibujó a medida que una codicia familiar se elevaba en el interior de Valia. Era un sentimiento demasiado espeso para volver a tragárselo. Necesitaba aquella daga para fortalecer su mortecina magia y recobrar su belleza y su juventud; para controlar lo que aún estuviera en su mano de aquella existencia que cada vez se le antojaba más incontrolable.

El poder de la hoja de obsidiana era ínfimo, comparado con el de la daga de oro con la que Valia soñaba y que anhelaba más que nada en el mundo. Aun así, necesitaba la hoja desesperadamente.

Quizá el pasado ya no importase.

Quizá solo importase la magia, la supervivencia.

Y el poder, en cualquiera de sus manifestaciones.

Al fin, Valia tomó la negra daga de las manos de Timotheus. La sopesó y apreció su solidez, después de tantos años de dolor y lucha.

–Sí, Timotheus –dijo con voz átona–. Accedo.

Él inclinó la cabeza.

–Siempre te estaré agradecido.

Y entonces, el inmortal y el mundo onírico al que la había llevado se desvanecieron en la oscuridad. Cuando Valia despertó en su catre, frente a los rescoldos de la chimenea, aún rodeaba con los dedos la irregular empuñadura del arma.